

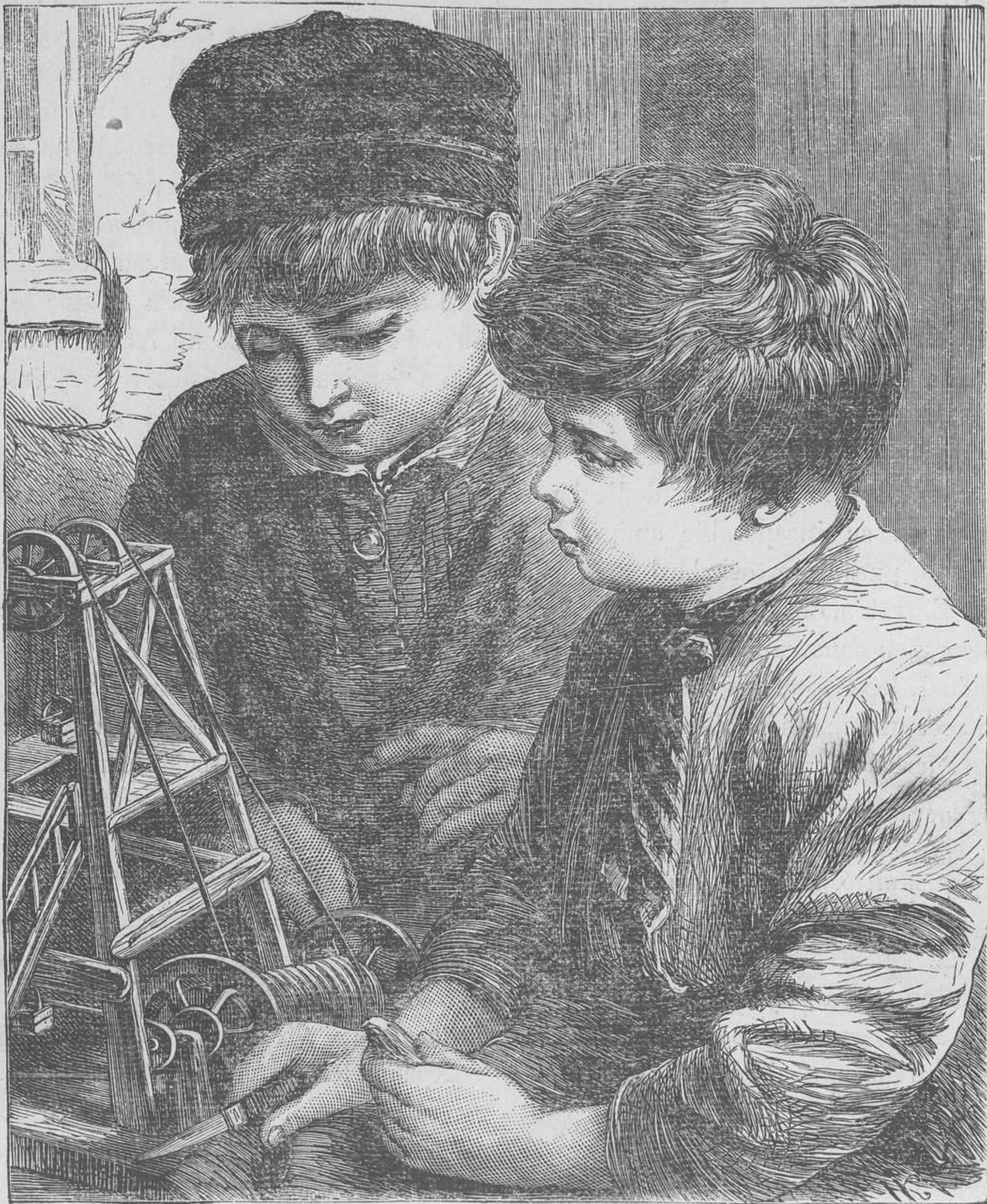
# EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO XV.

MADRID 1.º DE AGOSTO DE 1888.

NÚM. 173.





## JORGE STEPHENSON.

Representa nuestra lámina, amiguitos, una escena de la vida del gran ingeniero Stephenson, que luego cobró tanta fama como inventor de la locomotora. Cuando se encontraba en su infancia, habitaba en una granja próxima á su casa, cierta señora viuda llamada Gracia Ainslie; tenia ganados, y para apacentarlos, buscaba un jóven. Presentósele Jorge, y ella al momento lo admitió. Era la ocupacion insignificante, pues sólo consistia en cuidar de que el ganado no fuera atropellado por los carros que pasaban por la carretera y de que los animales del rebaño no se extraviasen ó se metiesen en las posesiones vecinas.

Mientras esto hacia, se dedicaba á jugar con su inseparable amigo Bill Tirlwall, pues no estorbaba lo uno á lo otro. Entreteníanse en hacer pitos de juncos y en construir pequeños molinos al lado de los arroyuelos; un dia trataron de hacer una máquina de subir y bajar las espuestas de tierra en las minas, y en efecto, la construyeron; siendo el asombro de todos cuantos mineros pasaban por aquel sitio. Nuestra lámina la da á conocer tan bien, que no hace falta describirla.

De tan sencillos y casi rudos principios, salió el gran genio que ha transformado con sus invenciones de locomotoras y ferrocarriles al mundo moderno. Mediante la providencia de Dios el ingenio y aún más la perseverancia y

paciencia del muchacho representado en nuestra lámina, fueron las causas de este gran cambio que se operó en nuestro siglo, cuando por las máquinas de vapor tanto se acortaron las distancias.

Hermoso ejemplo para nuestros jóvenes lectores. Sin ser favorecido por la fortuna, sin tener ayuda ajena, y sólo por su propia fuerza de voluntad, subió Jorge Stephenson desde el humilde puesto de muchacho encargado de cuidar unas vacas á las alturas de la Mecánica, desde donde vió transformada la faz del mundo civilizado por su actividad.

Lo mejor de su historia es, que toda su vida siguió siendo un ferviente cristiano, ferviente en sus deberes religiosos y humilde y religioso en su fe en el Señor Jesucristo.

## LA TORTA MARAVILLOSA.

Nuestro tío Roberto vino á casa á convidarnos á acompañarle á comer. Nos prometió darnos una torta cuando fuésemos, en cuya confeccion habian trabajado más de mil hombres.

«¡Una torta que ha necesitado los brazos de mil hombres! ¡entonces será tan grande como una Iglesia!»

«Bien, niños míos,» dijo el tío Roberto, «tened paciencia y mañana la vereis en la mesa.»

Apenas habíamos acabado de almorzar al día siguiente, cuando nos preparamos para ir á casa de nuestro tío. Teníamos ansia de ver la torta.



Cuando llegamos nos sorprendimos al verlo todo tan pacífico y tranquilo como de costumbre.

Por fin, nos sentamos á la mesa. Nuestras miradas se dirigian con una curiosa ansiedad hácia la puerta de la cocina cuando vino la torta! Era una torta de pasas, del tamaño ordinario, ni más, ni ménos.

«Esta no es la torta que nos prometiste,» dijo mi hermano.

«Ya lo creo que es,» dijo el tío Roberto; «¿creías que era mayor?»

«Pero tío, ¿tú no quieres decir que más de mil hombres han ayudado á hacer aquella torta tan pequeña?»

«Probada primero, hijos míos, y despues toma tu pizarra y pizarrin, y ayúdame á contar los trabajadores,» contestó mi tío.

«Vamos á ver,» continuó mi tío; «para hacer esta torta tenemos que emplear primeramente harina; y ¡cuánta gente no habrá trabajado para procurarla! La tierra la habrán arado, plantado, y surcado, y habrán recogido la cosecha. En el arado habrán trabajado mineros, fundidores, herreros, cortadores de leña, cerradores y carpinteros. El cuero de los arreos para los caballos tiene que haberse curtido y preparado por el trabajador de arreos. Despues, necesitamos los fabricantes del molino; los hombres que cargan las piedras al molino, y que hacen trabajar á la máquina.

Despues acuérdense de las pasas, la corteza del limon, las especias, y el azúcar; todas estas materias vienen de pai-

ses distantes, y para traerlas acá se han debido emplear barcos, fabricantes de buques, fabricantes de velas de barcos, marineros, mercaderes y otros varios industriales y trabajadores. Despues se necesitan huevos, leche, y sebo.»

«Párate ahí, tío!» dije yo, «te aseguro que has contado mil!»

«No los he calculado todos, niños míos. La torta se tiene que guisar, y tambien tenemos que calcular los carboneros que nos traen el carbon, mineros que escarban, para buscar lata y hierro para cacerolas; despues la tela de paño en donde estaba envuelto. Para hacer esto tenemos que contar los que cultivan el lino, los que lo cogen, y los que lo cardan, lo hilan y lo tejen, y por último los trabajadores que hacen máquinas.»

Roberto y yo dijimos que estábamos muy satisfechos, que habían sido más de mil hombres empleados!

## LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

Pequeña Madre tenia un poco de inquietud, pensando en el recibimiento que le haria la abuela sorda; habia recomendado á Carlitos ser cortés y formal, pero bien sabía que no era posible fiarse mucho de su cordura. La niña quedó sorprendida viendo á la anciana señora dejar su sillón y venir al encuentro de ellos. Su mirada expresaba la compasion y dijo: «¡Pobre pequeña! ¡pobre pequeña!»



Con su arrugada mano acariciaba los cabellos rizados de Carlitos, que la miraba con un semblante azorado, porque comprendió bien pronto que esta vez eran recibidos con benevolencia. Silvania habia conseguido hacerla oír toda la historia de la cruz de oro y del disgusto de Pequeña Madre, y como la pobre abuela no era mala, sino solamente vieja, enfermiza y de un humor un poco áspero, habia sentido una compasión real hácia la pobre niña; y no queria más que reparar, segun sus medios, su injusticia.

Silvania fue á poner á Pequeña Madre en el sillón de la anciana señora, y la niñita, sobrecogida de tal audacia, miró á la señora con un aire tímido, esperando una protesta indignada. En vez de esto, la abuela vino en persona á ponerle una almohada debajo de la cabeza y á cubrirla con un pequeño chal. «Porque,» dijo, «hace más frío dentro que fuera.»

La cama se hizo bien pronto y no trasladaron á la enferma, porque la misma interesada aseguró que podría ir con sus propias fuerzas. Cuando estuvo bien establecida, la puerta grande abierta le permitía ver todo lo que pasaba en la cocina, y se sentía tan dichosa que no podía por ménos de llorar.

«Tú estás triste,» le dijo Silvania, que venia á cada instante para ver cómo se encontraba.

«¡Oh! no.»

«Entonces ¿por qué lloras?»

«No sé. Estoy contenta y quisiera

poder recompensarlo. ¡Todo el mundo es tan bueno!»

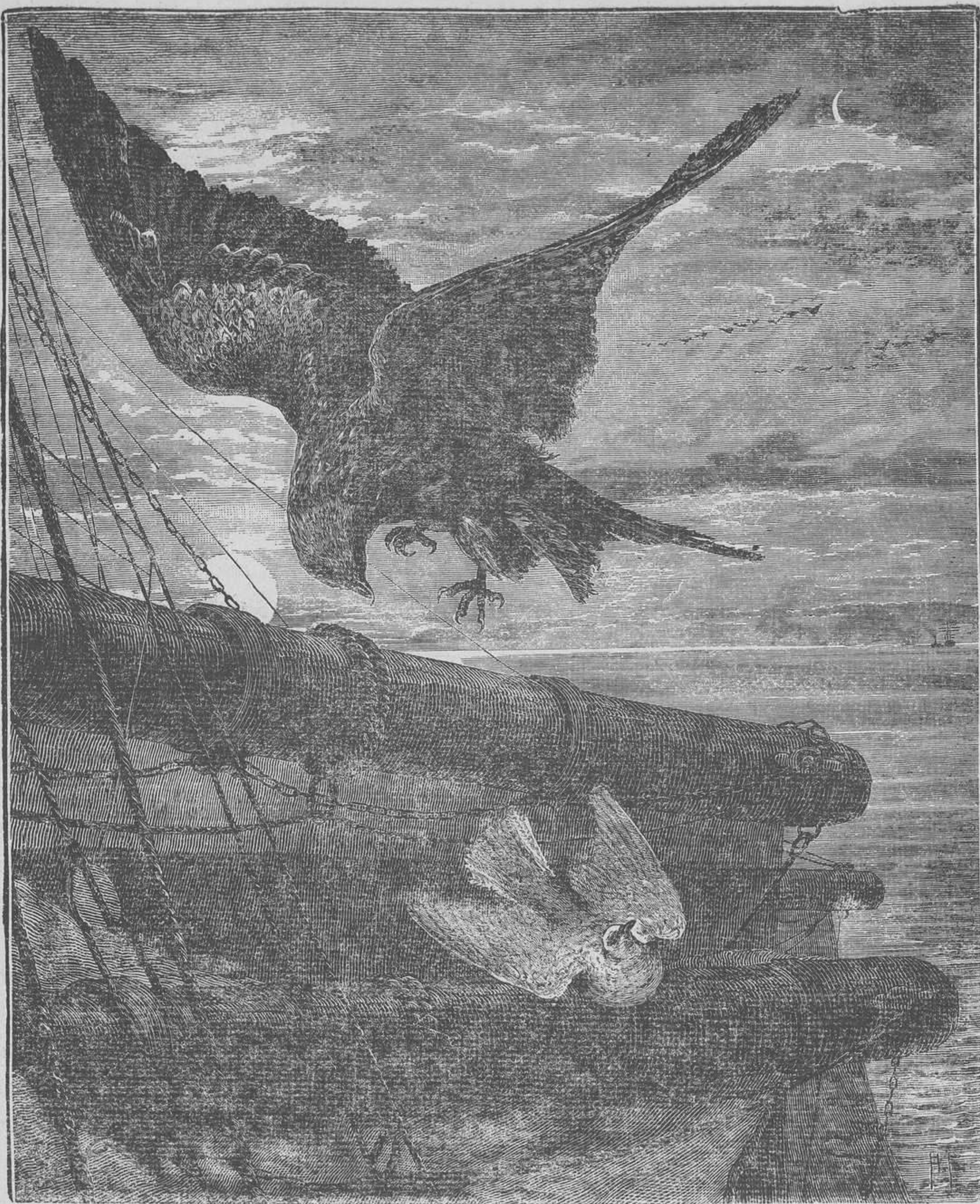
Silvania la abrazó, luego desapareció y volvió un momento despues con un bollo de leche. Pequeña Madre lo cogió con placer; algun tiempo despues, decia que nada le habia parecido tan bueno.

Cuando Silvania hubo acabado de arreglarlo todo en la casa, tomó á Carlitos por la mano y volvieron presto, trayendo una visita para Pequeña Madre. Era Brunette, aquella cabra de Silvania de la que se acordarán nuestros lectores; en verdad que le costó un poco trabajo el dejarse persuadir á entrar en la habitacioncita, temiendo que esto fuera una prision, pero acabó por ceder y la enferma tuvo el placer de darle un poco de pan. No se aburrió un momento durante este primer dia; Silvania iba y venia, arreglando el menaje, cantando, riendo, hablando con una voz fuerte para hacerse entender de su abuela, y á cada minuto dirigiendo á Pequeña Madre una palabra ó una sonrisa al pasar. Estaba ciertamente más alegre que en la sociedad de la señora Cárlos, buena y afectuosa, pero siempre un poco taciturna y un poco severa, al ménos cuando no se trataba de su gato; entónces sabia animarse. Silvania repartía la vida y la alegría alrededor de sí; parecia que nadie podía ser desgraciado á su lado. Carlitos tambien, bajo esta dulce influencia, estaba contento, de buen humor, y pronto á prestar servicio.

*(Se continuará.)*







### EL REFUGIO DE LA PALOMA.

Cuéntannos unos viajeros que han estado en las Indias que una noche, pa-

sando por el Mar Rojo, y cuando el buque corria á todo vapor, vieron descender una paloma seguida de un milano, al cual burlaba refugiándose entre la



motonería de la embarcacion. Todos miraban con interés esta batalla desigual, que se iba haciendo muy duradera. Por fin, logró escapar la paloma de entre las garras del milano.

Sabido es que se distingue el milano por su vuelo circular y el poder que tiene de sostenerse en un punto en el aire. Su ojo penetrante domina una gran extension, y es muy listo para divisar su presa, que generalmente es alguno de los pájaros menores, animales pequeños y aun peces, que segun un observador, coge al vuelo de la superficie del agua ó de la tierra, segun sea, y lleva consigo entre sus garras.

La Biblia menciona tambien una vez la paloma, «en los agujeros de peña y al cubierto de la piedra, junto á la antemuralla,» lo cual prueba que el refugio más seguro que puede encontrar contra el milano, es algun escondrijo pequeño. De ahí se ha tomado la imágen que se halla en muchos salmos, donde hablando de esconderse en las rocas se quiere significar lo mismo que «encontrar un refugio seguro.» Y todos conocereis aquel himno que, hablando del eterno Refugio de los pecadores, nuestro Salvador Jesucristo, empieza con las palabras: *Roca eterna, abierta estás, En tu seno me esconderás.*

---

### AMOR FILIAL PREMIADO.

---

Un jóven marinero inglés, deseoso de volver á ver de nuevo su patria, se escapó de un depósito de prisioneros y logró ganar las orillas del mar en los alrede-

dores de Boulogne, donde vivia escondido en los bosques. En su afan de ver de nuevo y á toda costa su patria, trató de construir un pequeño bote para poder aproximarse á los cruceros ingleses que procuraba acechar desde la cima de un árbol. Se le sorprendió en el momento en que, cargado con su esquife, iba á arrojarle al agua y á aventurarse en él. Le prendieron como espía ó ladron. Llegó la noticia de este suceso hasta Napoleon, que se encontraba en Boulogne, y tuvo la curiosidad de ver esta embarcacion de la que tanto se hablaba. Hizo conducir á su presencia al marinero, quien le manifestó cuál era su intencion, pidiéndole su permiso para llevarla á cabo. «¿Pero, tantas ganas tienes de volver á ver tu pais?» le dijo el emperador.

«Sí,» respondió el marinero, «he dejado allí á mi madre que es vieja y achacosa, y desearia volverla á ver.»

«Pues bien, la verás,» respondió Napoleon, y mandó al momento que cuidasen de aquel jóven, que le diesen un traje y que le llevasen á bordo del primer crucero de su nacion; al mismo tiempo mandó que le diesen una pequeña cantidad para su madre, haciendo notar que ella seria una buena madre, por cuanto tenia un hijo que tanto la amaba.

---

### LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

---

Corria acá y allá, para buscar todo lo que la jóven ama de casa le pedia, y



ella multiplicaba las comisiones para ocuparlo. Fué á coger flores para Pequeña Madre, que le gustaban mucho.

«Mañana,» dijo Silvania, «si hace buen dia como hoy, podrás sentarte bajo un árbol, pero por el momento estás mejor en tu cama; el viaje es bastante para un dia.»

Sí, estaba muy bien en su cama, no deseaba nada más. Cuando todavia hubo bebido leche de la que no podia saciarse, se durmió mirando una rama de rosas que entraba por la ventana cruzando el enrejado y venia á balancearse muy cerca de ella. Silvania cerró la puerta para que el ruido no la despertara y mandó á Carlitos que se fuese á jugar fuera.

Pequeña Madre se despertó muy restablecida, muy descansada. Se apercibió de que habia en la cocina alguna visita, porque Silvania hablaba en voz baja, y esto no podia ser ni con la anciana señora sorda, ni con el ruidoso Carlitos. Quedó inmóvil y con los ojos cerrados, porque se encontraba bien así, y á los pocos momentos las palabras se distinguieron más. Tal vez sin duda, porque se hablara un poco más fuerte, tal vez porque el oido de la niñita se hubiera acostumbrado á este murmullo que ántes le habia parecido no poder escuchar.

Silvania decia:

«Está muy débil y muy demacrada, es verdad, pero está alegre; irá empero recobrando las fuerzas.»

«No os fieis,» respondió la otra voz.

Pequeña Madre creia ya haberlo entendido sin poder darle un nombre. «¡No

está alegre, no tiene más que un soplo de vida. No vivirá mucho tiempo, esto es lo que os digo, y seria un bien para ella el morir! una pobre niña sin madre ¡tendria que sufrir demasiado! Vea usted si yo debiera irme, quisiera mejor llevar conmigo á mi pobre hijita; esto me desgarraria ménos el corazon que dejarla. Con los muchachos es diferente; tienen el padre, pero el mejor padre no puede reemplazar á una madre para una hija. Vuestra Pequeña Madre irá á alcanzar á la suya, yo os lo aseguro. Ya, cuando estuvo sobre mi carretilla, yo me dije: Hé aquí una con sus grandes ojos, y que tiene un hilo corto de vida que desarrollar. Empero, cuando la he visto aquí, sobre esta cama, completamente parecida á una figura de cera, me he asegurado más de lo que os he dicho.»

«Pensad que ha sufrido, señora Naneta y que ha soportado tanto, siendo tan pequeña. Así es que no es extraño que esté tan raquítica.»

«Eso es lo que yo digo; ha sufrido demasiado. Con las plantas pequeñas hay que tener mucho cuidado del sol, no pueden vivir en una tierra dura y fria. Estará mejor allá arriba.»

Pronunciando estas palabras la señora Naneta se levantó para irse. Silvania la acompañó, despues volvió á entrar, y todavia, completamente conmovida de las predicciones de la buena señora, vino dulcemente á sentarse junto á la cama de Pequeña Madre. Viéndola despierta, le preguntó si se sentia mejor.



«Me siento muy bien,» respondió la Pequeña; después dirigió sus grandes ojos á los de la jóven:

«¿Es verdad lo que decia?»

Silvania se estremeció. ¿Era posible que la niña lo hubiese oído?

«¿De qué hablas?» preguntó.

«La señora ha dicho que yo debo morir pronto.»

«Ella no sabe nada, absolutamente nada. Tú estás mucho mejor, mi pequeña, y el campo vá á reponerte por completo. La señora Naneta está acostumbrada á los hermosos carrillos rojos de sus niños, y porque tú estás flaca y pálida, te cree muy mala, pero se engaña.»

«Por causa de Carlitos yo no quisiera morir,» dijo Pequeña Madre con un aire pensativo.

«Pero tú no morirás, no se te meta eso en la cabeza.»

«No,» continuó la niña, «pero yo sé que algunas veces se muere jóven. Muchos niños han muerto de una mala fiebre en la casa donde estábamos ántes. Había una niñita de diez años, y nosotros estuvimos con los vecinos en el cementerio. No me daría mucha pena el morir después que mamá ha muerto, pero es á causa de Carlitos, y después, el padre también estaría triste.»

Silvania hubiera pegado con gusto á la señora Naneta por su importuna conversacion. Hacia cuanto podía para disipar la impresion que Pequeña Madre había recibido, pero veía bien que sería difícil. De repente esta que había pa-

recido un momento sumergida en sus reflexiones, la interpeló vivamente:

«¿Por qué ha dicho que soy desgraciada y que valdria mejor que me muriera? Yo no soy desgraciada. Todo el mundo es bueno para conmigo, y Carlitos ¡me quiere tanto!»

«Es verdad,» dijo Silvania, «se engañaba mucho la señora Naneta. Tú eres una niña dichosa, y nosotros no podemos pasar sin tí, Pequeña Madre; también el buen Dios te dejará con nosotros, estoy segura.»

«Yo se lo pediré.»

Aquella tarde, ántes de dormirse para la noche, Pequeña Madre añadió á la oracion que su madre le había enseñado, estas palabras que salieron del fondo de su corazón: «¡Buen Dios, déjame quedar con Carlitos! ¡soy tan dichosa! ¡todo el mundo es bueno para mí! Yo bien quisiera vivir todavía mucho tiempo.»

Carlitos dormía sobre el heno en un rincón de la gran cocina. Estaba encantado y encontraba esta cama mucho mejor que el jergón que hacía algún tiempo había compartido con los pequeños Perlet. Al ménos estaba solo, y nadie podía quejarse de sus puntapiés. Carlitos estaba ebrio de gozo al encontrarse en el campo. Había tenido sus diversiones en el jardín, se había revolcado sobre la hierba del sendero, había cogido flores á puñados para Pequeña Madre, había jugado con el agua de la fuente, hasta que su único pantalon estuvo mojado hasta arriba.

*(Se continuará.)*





Fe - liz yo voy a - llá, Al cie - lo voy; A do tu glo - ria es -



tá, Al cie - lo voy. Sal - vás - te - me en la cruz, Y me nas de



dar, Je - sus, Pa - ra se - guir - te luz. Al cie - lo voy.

2.

Se alivia aquí el dolor,  
Al cielo voy.  
Tan solo con tu amor;  
Al cielo voy.  
Contigo pues seré  
Feliz; tu amor me dé  
Para alcanzarlo, fe.  
Al cielo voy.

3.

Yo quiero, sí, partir,  
Al cielo voy;  
Y junto á Tí vivir,  
Al cielo voy.  
Ten, oh Jesus, piedad,  
Y á mi alma en tu bondad  
Da la felicidad.  
Al cielo voy.

4.

Yo espero siempre en Tí,  
Al cielo voy;  
Ten compasion de mí,  
Al cielo voy.  
¡Qué dicha, qué placer!  
Allí sin padecer,  
Por siempre te he de ver.  
Al cielo voy.





## LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

Cuando volvió para comer la sopa y acostarse estaba tan sucio que metía miedo; pero dichoso como un rey.

«Vamos,» dijo Silvania, siempre de buen humor, «ve á la fuente á lavarte la cara y las manos, y despues acuéstate pronto, á fin de que yo pueda tomar tu pantalon, y ponerlo á secar delante del fuego ántes que esté completamente apagado. Mañana por la mañana un planchazo lo terminará. Abuela, yo iré mañana á pedir á la señora Naneta el favor de prestarnos algunas ropas de su pequeño José para Carlitos, y despues yo le haré un pantalon con un pedazo de mi tela.»

«¿Y tus camisas?» preguntó la anciana señora.

«¡Oh! no tomaré mucho, no es muy grande nuestro Carlitos. En cuanto á la pobre pequeña, yo le cortaré una falda de mi saya de lila que es muy corta para mí. El tejido no está muy bueno, pero esto le servirá para usarlo, ella es muy cuidadosa.»

Cuando á la mañana siguiente Carlitos se despertó y quiso levantarse para correr al jardin, no pudo ponerse el pantalon, que no habia podido secarse durante la noche. Silvania le dijo que era necesario aguardar, y mientras que la plancha se calentaba, ella le cubrió con la enagua remendada de Pequeña Madre, la que cayendo sobre la punta de sus piés le hacia un traje bastante con-

veniente. Pero Carlitos lo encontraba indigno de él; rehusó de ir, vestido así, á buscar el agua á la fuente, y se sentó sobre su cama con cierto aire de grande descontento. Fue necesario enfadarse para obtener que viniese á beber su leche junto á la mesa. Silvania se burló un poco de su mal humor, que se cambió entonces en cólera. Representaos á este hombrecito vestido con su larga enagua, ardiendo de ira, pegando con los piés y amenazando con los puños. Era verdaderamente un espectáculo digno de verse. Pequeña Madre no se daba cuenta de nada; dormía todavia y habian cerrado la puerta para que estuviese más tranquila.

Silvania comenzó por reirse de esta grotesca figurilla, pero cuando vió que era un serio acceso de cólera, tomó al travieso por los brazos para ponerle en un oscuro rincon, donde tenia su leña. Carlitos forcejeaba como un furioso.

«Así hacias con tu pobre hermana,» le dijo ella; «yo te he visto pegarla una vez, pero conmigo no lo harás tan á tus anchas. Vas á ponerte allí hasta que seas más razonable.»

«Usted es mala,» gritó Carlitos desesperado por la calma de la jovencita. «Yo quiero mucho más á Pequeña Madre; no me hace nunca daño. Es mejor que Vd. ¡Pequeña Madre! ¡Pequeña Madre, quiero que vengas! no quiero quedarme con esta mala de Silvania.»

La puerta del cuartito se entreabrió suavemente, y Pequeña Madre apareció sobre el umbral muy asustada. Los gri-



tos de su hermano la habían despertado de sobresalto y temblaba como una hoja.

«¿Ves lo que has hecho, mal muchacho?» dijo Silvania tomándola á Pequeña Madre en sus brazos para llevarla á su cama. «Dormía muy bien, y sin embargo, está temblorosa. Vamos, pequeña, tú debes estar acostumbrada al amable carácter de tu Carlitos; así, déjame ponerle en este oscuro rincón, de donde no saldrá hasta que me haya pedido perdón de las tonterías que tiene dichas.»

Era en la vida la primera vez que Carlitos era castigado. Había sido pegado y golpeado por los vecinos cuando les jugaba malas partidas, ó por los pilletes más fuertes que él; alguna vez había recibido un golpe de su padre, pero jamás había sido castigado cuando había sido malo, como lo era en este momento por Silvania. Pequeña Madre se contentaba con decirle: «¡Oh Carlitos, me haces mucho daño!» El había creído que sería lo mismo con su nueva amiga, pero estaba engañado, bien lo veía ahora.

Pequeña Madre se volvió á acostar y escuchaba con ansiedad el fin de esta escena. Silvania planchaba tranquilamente el pantalón. Carlitos había cesado de gritar. Reflexionaba; cosa saludable que no le acontecía á menudo, y el resultado de sus reflexiones fue el convencerse de que valía más ser cuerdo que malo, pues si se sometía á pedir perdón, podría luego ponerse el pantalón é ir á correr al campo. Un pensamiento mejor todavía, porque era

ménos egoísta, se le ocurrió también; esto es, que Silvania había sido muy buena para él, y que no era bueno pagarle de esta manera, ¡pero era difícil pedir perdón! No lo había hecho jamás; su orgullo se indignaba. ¿Para qué había sido malo? Si no se hubiera encolerizado no hubiera tenido necesidad de pedir perdón y de humillarse delante de Silvania. ¡No! ¡él no lo haría! Prefería quedarse en su oscuro rincón todo el día.

La lucha duró algunos minutos, que le parecieron muy largos. La inquietud de Pequeña Madre iba creciendo, y si se hubiera atrevido á salir y atravesar la cocina para ir cerca de Carlitos, le hubiera abrazado y le hubiera dicho con una voz suplicante: «¡Carlitos mío, yo te ruego que seas bueno! ¡pide perdón!»

Y probablemente, como Carlitos estaba dotado de un espíritu de contradicción muy pronunciado, esto no habría hecho más que retardar la victoria del buen sentimiento sobre el malo.

En fin, una voz entrecortada salió del oscuro rincón:

«Yo quiero ser bueno,» dijo.

Silvania entreabrió la puerta y miró á Carlitos, que tuvo un instante la idea de volverse atrás, pero vió en Silvania una sonrisa sobre los labios, y esto le decidió.

«Estoy enojado de haber sido malo,» dijo.

«Enhorabuena; esto es todo lo que yo te pido. Ahora, ven á ponerte el pantalón, que está ya casi seco, y te irás á



cogerme acederas al jardín. Te enseñaré cómo debes hacerlo.»

Fue esta una dichosa mañana después de su triste principio. Carlitos cogió las acederas para la sopa, y vió colmada su ventura, porque Silvania consintió en dejarle un momento conducir la ca-

bra á lo largo del sendero, atándole fuertemente alrededor del talle la delgada cuerda que la sujetaba. Eran, pues, inseparables, la cabra y el muchachuelo; es fácil de comprender que esto debía dar lugar á alegres luchas, en las cuales Carlitos era siempre vencido. *(Se continuará.)*

## EL ELEFANTE Y EL MONO.

Cuéntanos una fábula india, que se encontraban discutiendo un elefante llamado Gran Colmillo y un mono llamado Agil; acerca de cuál de los dos era más útil.

«En efecto,» decía el elefante, «mira qué grande y poderoso soy.»

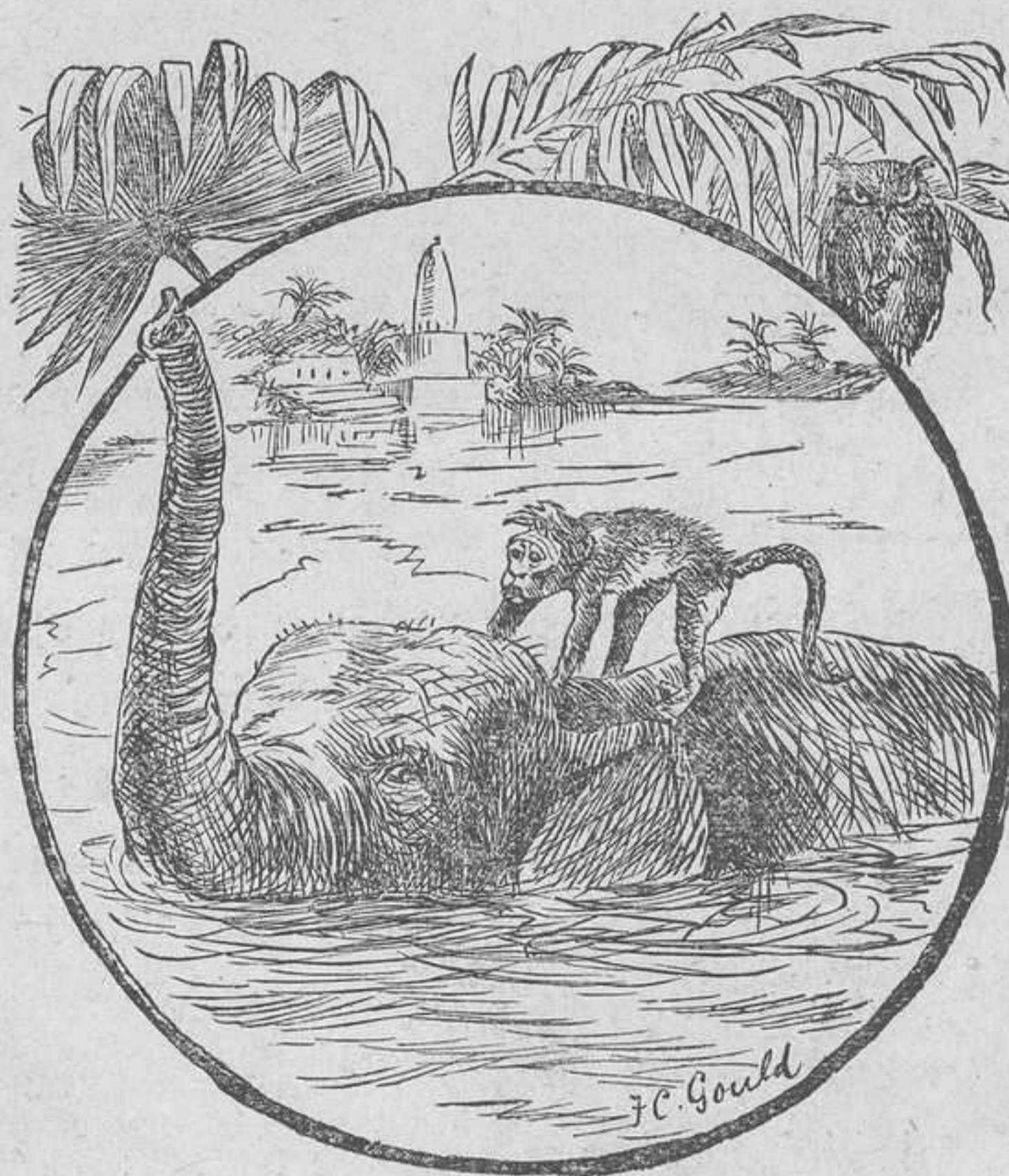
«Y yo soy muy ágil y divertido,» gritó el mono.

Discutieron así largo rato, y no dándose nadie por vencido, fueron á consultarlo á un buho, que cerca de allí tenía su guarida.

Contestóles el buho después de enterado de la cuestión:

«Necesito ántes de fallar que vayais al otro lado del río y me traigais algunos mangüeyes <sup>(1)</sup> de los que crecen

(1) Mangüey es un árbol de la India, que llega á tener quince y dieciseis varas de altura.



en aquel hermoso paraje.»

Marcharon entonces y encontrando que el río estaba salido de madre, discurrieron un momento, y concluyeron por montarse el mono sobre el elefante y pasar el río de esta manera. Llegaron al lado opuesto, y viendo que Gran Colmillo no alcan-

zaba con la trompa al sitio donde se encontraba la fruta, trepó Agil por el árbol, y fue echando la fruta mejor que encontrara en él.

Recogieron luego lo tirado y volvieron á casa del buho, el cual les dijo:

«¿Quién es el mejor? Gran Colmillo pasó el río y Agil recogió la fruta.»

*Cada cosa vale más en su lugar y oficio respectivo.*







ENTIERRO DE DÉBORA,  
AMA DE REBECA.

A una ciudad de Palestina, llamada BETEL, (porque cerca de allí fue donde tuvo Jacob la aparicion de Dios,) vino Jacob para levantar un altar al Señor, como le habia prometido. Esta ciudad

era la misma que antes se llamaba Luz; mas Jacob habia cambiado su nombre en *Betel* ó sea *casa de Dios*, por cuanto allí habia visto en el sueño al Dios de sus padres, cuando huia de su hermano Esaú.



Estando allí Jacob edificó un altar; y entonces murió Débora, ama de Rebeca, su madre, y fue sepultada á las faldas del monte sobre el cual está edificada la ciudad de BETEL, bajo una encina, á la cual dieron el nombre de ALONBAJUT, que quiere decir *encina del llanto*.

El acto de darle sepultura es el que nuestra lámina representa. Vese en ella al lado de Jacob á su esposa Raquel, que mira al sepulcro, donde se han depositado los restos mortales de la fiel ama de su suegra Rebeca, modelo de siervos fieles, que recibiría la recompensa que Dios ha prometido á los tales, diciendo *que el bien que cada uno hiciere, esto recibirá del Señor, sea siervo ó sea libre*. (Efesios 6, 8.)

¡Cuánto más conformes á la naturaleza son estas sepulturas, que no las suntuosas moradas erigidas por una civilización poco cristiana para los cadáveres! El mismo nombre de *mausoleos* revela su origen profano, pues de una reina gentil fueron aprendidas. Podrá con ellos pagarse la vanidad de los vivos, pero se contradice la ley natural, y la sencillez cristiana.

*Del polvo eres, al polvo volverás.*

---

### HALOS. PARHELIOS.

---

Dánse estos nombres á unos fenómenos muy notables, producidos por la refracción y reflexión de los rayos sola-

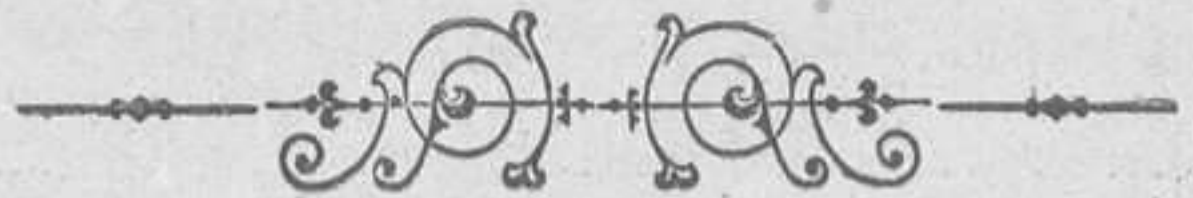
res en la atmósfera, cuando está cargada de pequeños cristales de hielo.

Los halos se componen de dos círculos verticales, concéntricos al sol, de un rojo pálido por dentro y blancos ó azulados por fuera, y en que es muy difuso el contorno. Su diámetro aparente es constante. El del pequeño halo es de 22 á 23°, el del grande halo ó *halo exterior* es de 46°. El interior del pequeño halo presenta un tinte oscuro que contrasta con el brillo de la atmósfera en lo exterior, y forma una superficie sombría que hace aparecer mucho mayor el fenómeno, cuando el círculo coloreado es poco intenso. A veces los halos parecen prolongados en sentido vertical.

Los parhelios ó *falsos soles* son imágenes difusas del sol, que se forman en los extremos del diámetro horizontal del pequeño halo y algo hácia afuera del círculo. Están coloreados de rojo por dentro, y despues vienen los otros colores del espectro.

Estos fenómenos se producen sobre todo en las regiones polares, en que son frecuentes las lluvias de partículas heladas.

En ciertas condiciones se forman imágenes por la reflexión de los objetos en las nubes colocadas entre los observadores y el sol poniente. Este fenómeno se observa en la cima de una montaña del Harz, en Alemania, y se llama *espectro de Brocken* á la imágen de un observador situado en la cima de esta montaña.





## LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

Pero Sylvania le seguía de cerca y no permitía que Bruneta abusara de su fuerza.

Cuando volvieron á entrar, Pequeña Madre pidió vestirse; ¡se sentía tan bien y el tiempo era tan hermoso! Sylvania la llevó bajo el gran cerezo y la sentó en el sillón que había preparado para recibirla.

«Pero,» dijo Pequeña Madre con inquietud, «no es necesario ponerme en este sillón.»

«Te pondrás hasta que estés bastante fuerte para sentarte en una silla.»

«Pero puede enfadarse.....»

«¿Quién, mi abuela.....? Te digo que es ella quien lo quiere. Vamos, recuerda que estás enferma. Cuando estés curada por completo podrás sentarte en el suelo si quieres.»

Pequeña Madre se sometió, pero no sin que su pobre corazoncito quedase un poco atribulado.

Sylvania la había dejado para ir á la cocina. Quedaba sola. Por fin, no obstante sus escrúpulos, se dejó ir hasta el fondo del sillón, cerró sus ojos que el día deslumbraba. Era cerca del mediodía, los pájaros no cantaban, pero se escuchaba el ligero murmullo de la brisa en el follaje y el de los insectos en la frondosa hierba. Todo esto era nuevo para ella; no tenía fuerza para pensar mucho, pero sentía un bienestar indecible. Estaba en el campo. ¡Oh,

qué hermoso era el campo! cuán dichosos encontraba á los que viven en él siempre! De repente, un ruido de pasos que se acercaban hácia ella, la arrancó de su dulce somnolencia; aquellos pasos no podían ser de Carlitos, de quien los hubiera reconocido bien por la precipitación, ni de Sylvania, que tenía un andar vivo y ligero. El de la persona que avanzaba era lento y arrastrado. ¿Es posible que fuera la anciana señora? Sin duda. Entonces vendría á reclamar su sillón, y es posible que á regañarla, por haber osado ponerse allí. La pobre pequeña estaba de nuevo toda temblorosa.

Sí, era la anciana señora. Cuando se encontró enfrente de Pequeña Madre, que en su terror se había levantado á medias, miróla con compasión y bondad. «¿Estás bien ahí, pequeñita?» le preguntó. Pero Pequeña Madre no estaba aún serena. Sabía que no podía darse á entender. ¿Cómo explicar á la anciana señora que si ocupaba su sillón, no era por culpa suya y que quisiera poder dejarlo, pero que no tendría fuerzas para volver sola á casa, y que Sylvania le había dicho que no debía sentarse en la hierba? Mirábala medio suplicante, medio desesperada, pues le había quedado un terror profundo desde sus primeras relaciones con la pobre sorda, y no comprendía todavía que esta no deseaba sino reparar el daño que antes le había hecho sin quererlo.

«Dime, pequeñita,» repitió la anciana señora, que no sospechaba el terror que inspiraba; «¿te parece bueno mi sillón?»



Es necesario recordar que la pobre abuela no oía su propia voz, que era un poco ruda y no podía moderarla. Esta voz parecía formidable á la tímida Pequeña Madre.

«Ah, señora,» gritó, «yo no sabia... no es culpa mia...»

Y en su susto, se dejó caer por el suelo, malogrados los esfuerzos de la anciana señora, que tendía su mano temblorosa para retenerla.

Dichosamente Silvania no estaba lejos. Llegó corriendo, tomó en brazos el cuerpo de la niña y la volvió á poner en el sillón, diciéndole:

«Loquilla, ¿qué haces?»

Después se volvió á la anciana señora, y le gritó:

«Cree que está Vd. incomodada porque ella está en su sillón, abuela.»

«No, no,» respondió esta, «yo le doy de buena gana mi sillón para indemnizarla del mal que le he hecho. Quédate ahí todo el tiempo que quieras, hija mia, tú eres bienvenida.»

No había medio de equivocarse. Pequeña Madre comprendió, en fin, que los sentimientos de la anciana señora hacia ella eran de una benevolencia extremada. Lo agradeció, dejándose lle-

var de nuevo al sillón, y á partir de este momento se sentía completamente dichosa.

Después de mediodía Silvania vino á instalarse cerca de ella con su costura; esta era el pantalón destinado á Carlitos. Ató al tronco del cerezo la cabra, que se puso á pacer la hierba que crecía alrededor, dando por momentos, á manera de diversion, un bocado en un seto vivo. Carlitos se entretenía en cortar con un viejo cuchillo mellado un barquito para echarlo en el pilón de la fuente.

«¡Qué de prisa coseis!» dijo la pequeña convaleciente mirando á Silvania.

«¿Lo crees así? ¿Sabes tú coser?»

«He aprendido un poco, y una vecina me ha enseñado á echar las piezas, pero lo hago lentamente porque no sé bien.»

«Cuando hayas recobrado las fuerzas yo te enseñaré.»

«¡Oh! gracias.»

Este fue un delicioso día, y ciertamente Pequeña Madre hizo más progresos durante estas horas pasadas al aire libre y en medio de los árboles y las flores, que en toda la semana pasada en su habitación sin aire y sin sol.

*(Se continuará.)*

## EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION: Por un año: en Madrid, Ptas. 2; en Provincias, Ptas. 2.50.  
Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID 1888. Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.